



# Noticias Locales

Óscar Duque Cano

la 45

LETRA X LETRA  
- CUENTO -

  
LETRA X LETRA  
~ CUENTO ~

# Noticias Locales

Óscar Duque Cano



Duque Cano, Óscar

Noticias locales / Óscar Duque Cano. –Medellín: Editorial EAFIT, 2023. 89 p.;  
21 cm. -- (Letra x letra. Cuento).

ISBN: 978-958-720-839-9

ISBN: 978-958-720-840-5 (versión EPUB)

1. Cuentos colombianos – Siglo XX. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

D946

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

### *Noticias Locales*

Primera edición: junio de 2023

© Óscar Duque Cano

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: [obraseditorial@eafit.edu.co](mailto:obraseditorial@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-839-9

ISBN: 978-958-720-840-5 (versión EPUB)

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia



---

## Contenido

Noticias locales .....	9
El conductor del Boca.....	19
Azucena se sonroja.....	25
Nunca más el diablo.....	33
La señora de la Sijín.....	41
Los imbéciles se van y mueren antes que nosotras .....	49
La presencia de otro.....	57
Muerte en el estadio .....	67
Semáforo en rojo.....	73
Soy una niña, me dijo .....	81



Noticias Locales

---



---

## Noticias locales

Nunca le dije a nadie lo que hice con mi esposa, lo escribí.

Sería perder el tiempo ante las miradas compasivas de mis oyentes al escuchar contar la historia de la cruz de mi enanismo, cosa poco agradable, sobre todo por lo agrio de ver rostros transformarse en los del policía, maestro, cura o sicólogo que todos llevamos adentro.

Podríamos empezar diciendo mi nombre: Patricio Riveros, el enano acusado de asesinar a Mariajuana Silvestre del Niño Jesús; supongo que lo leyeron en los periódicos. ¿Pero, quién le cree a los periódicos? Podríamos continuar diciendo que para escribir me llamo B y algunas veces Óscar. Que todo quede claro desde el principio.

Soy un coleccionista de historias de desaparecidos. Hace veinte años que inicié mis archivos. No soy un profesional. Estudié, sí, un semestre de técnico judicial solo para mí, no para trabajar en ello. Quizás para paliar un deseo oculto de ser investigador privado. Fui, lo que se dice, un autodidacta. Antes había sido maestro de escuela

municipal; el objeto de la mirada escrutadora de cientos de niños. Pero hace mucho tiempo prescribieron las estupideces que cometí, por si alguien quisiera investigar mi pasado.

La historia que voy a contar es una sola con mi esposa. Le decía la Hormiga y se llama como ya dije. Una exsecretaria de nombre común y silvestre. Un bicho que me caminaba por todo el cuerpo. Me fastidiaba en la nariz, me irritaba en los oídos. Me repugnaba en la comisura de los labios. Me escocía en el vientre. Cosas del pasado por las que, a veces, deseé no verla más. Es decir, aplastarla cuando decía condescendiente “haga lo que tenga que hacer”, y se tendía en la cama sin mirarme. Así pasaron veinte años. Pero de nuestros momentos íntimos no quiero hablar. Ni mucho menos de esos comunes a todos, no voy a repetirlos; son tan insignificantes que no valen la pena, sería como volver a escribir un cuento que todos se saben. En cambio, hay otros momentos difíciles de clasificar que se lo llevan a uno a la palidez, al mareo, al vómito, e incluso hasta la muerte por un síncope. De esos sí quiero hablar, de los momentos del subsuelo.

O sea, de los desaparecidos, por supuesto. Para ellos tenía un cuarto oscuro lleno de fantasmas, de condenados a vagar por esas calles de Medellín. Atrapados por mí en un archivo sin destino preciso. Cientos de ellos confinados en un cuarto del solar desocupado por mi esposa para mí. Los había colgados en las paredes, o crucificados por una puntilla en un recorte de prensa de primera página, o en la última en un extremo con tan solo cinco líneas. En cajas de cartón, en bolsas plásticas, en estantes rudimentarios de madera. Los menos, en bultos con más de cien folios, como el del joven Lalinde, desaparecido el 3 de octubre de 1984. Los más, sin siquiera una foto para recordarlos.

A veces los veía de repente como huérfanos en las calles. Unos, desfigurados por la lluvia y el viento y el polvo y el sol, se deshacían en los postes de la energía en pequeños carteles pegados por sus familiares. Otros, en volantes hechos a mano que repartían las madres desesperadas a la salida del metro o en el atrio de la catedral, caían en las alcantarillas arrastrados por la lluvia. Alguno, un simple anuncio en la radio: joven de veinte años, robusta, pelo negro, falda corta, *top* verde, con pequeño tatuaje en brazo izquierdo, un trébol.

Cada uno como personaje de un drama que se prolongaba por días, por meses, por años, algunos hasta la eternidad.

No está por demás decir que no encontré a nadie. Claro que me alegraba cuando aparecían, pero era como si los perdiera de vista, salían de mi afecto y regresaban al de sus familiares.

Durante años mi esposa tuvo la costumbre de leerme las noticias locales. Ella las coleccionó para mí. Las fue seleccionando al azar hasta que supo cuáles me perturbaban. Parecía esforzarse en conseguirme las más aberrantes, sobre todo que hablaran de niños y mujeres. Después de cada lectura, diligente, me servía gotas de valeriana para sacarme del *shock*, pero el daño ya estaba hecho: otro fantasma habitaría conmigo el cuarto oscuro. Ella fue la fuente principal de mi archivo, leyó el periódico del crimen, vio los noticieros en televisión, escuchó las noticias en la radio. Tuvo su grupo de mujeres, quienes después de las oraciones comentaban los sucesos de sangre como si reconstruyeran el último capítulo de su telenovela preferida, aunque al otro día se vieran obligadas a llevar sus pecados al confesor. No le importó ver en mi cuarto a las cucarachas y las polillas caminar sobre las figuras difusas de sus caras en blanco y negro, sobre el rojo de la sangre que vertían los titulares en las paredes. Ella los recortaba, los clasificaba por fechas y los dejaba sobre mi escritorio para que yo volviera sobre ellos. Fuimos dos locos trabajando juntos, pero cada uno con un objetivo diferente. Ella lo hizo sin comprender que yo sabía que pretendía enloquecerme. Yo empecé a fraguar cómo cerrar sus ojos definitivamente. Los mismos que abría desmesurados, ojos grandes, como en las imitaciones de una pintora llamada Peggy que adornaban la sala; dos paréntesis que querían acotar una incipiente sordera.

El último domingo de marzo del año en que me jubilé lo pasamos como cualquier otro domingo. Lluvia. Almuerzo en casa. Periódicos. Tal vez una pelea insulsa por no visitar a su madre. Algo así. Televisión. Cada quien se fue a dormir a su cuarto vencido por el sueño. No hicimos el amor, ya no. El lunes madrugué como de costumbre, ella no se levantó y entonces tuve que preparar mi desayuno. Pregunté si le pasaba algo. Masculló un “no” que fue la evidencia necesaria para no acercarme a besarla, y partí. Al llegar

al trabajo la llamé y no contestó. Al mediodía tampoco. En la noche me vi obligado a forzar la puerta pues no cargaba llaves, ella siempre estuvo allí para abrirla, pero desde ese lunes no.

Al miércoles me visitó al trabajo una pareja de agentes de la Sijín para interrogarme. Él, de apellido Molina, ella con un defecto en los ojos. Me extrañé, pues yo no había puesto ningún denuncia. La prontitud de las autoridades en buscar a mi esposa me inquietó. Si bien sabía de lo vertiginoso de la indiscreción de mis vecinos, me espanté. Los agentes preguntaron sobre mis actividades del lunes e insistieron sobre la hora exacta de mi regreso a casa. Creo que fue la mujer quien preguntó si mi esposa había vuelto entre las diez y las once de la mañana. Les juré que no, allí estaban mis compañeros de trabajo para atestiguarlo.

“Alguien nos llamó, denunciaron una pelea en su casa”, dijo el hombre. “¿Dónde está su esposa?”, insistía la bizca como si de verdad lo supiera todo. “Pues verán ustedes, señores agentes, que no lo sé, el lunes desapareció, no sé a qué hora, salí a las siete y regresé a las siete, como todos los días de mi puta vida”. “Por favor, señor”, dijo él. Yo seguí con mi cuento: “Su equipaje no estaba, su maleta tampoco, se fue sin avisar, sin importar qué dejaba”. “¿Pelearon?”, preguntó ella. “No, algo sin importancia el domingo que no vale la pena”. “¿Nos deja revisar su apartamento?”, me preguntaron. “Claro, claro”.

Toquetearon los rincones, aún los más extremos, como para demostrar su conocimiento de investigadores. Buscaron en las cajas de zapatos como si buscaran una muñeca perdida. Ojearon el solar, ya con displicencia.

“¿Y esa pieza?”.

“La del reblujo”, dije.

Retrocedieron sin hacer un ademán de pretender revisarla.

“¿Su esposa también era maestra?”, preguntó él. Supuse la indiscreción y lo corté: “¿Y la suya es policía?”. “Ja,ja,ja”, rio la bizca y su defecto se hizo más notorio. “No, qué tal”, contestó él y siguió: “Si tiene una foto será mucho más fácil para nosotros. Y recuerde bien lo que nos ha dicho, eso lo tendrá que repetir en la Central tal y como hoy lo dijo, literal. Por ahora nos vamos”.